

Aproximadamente en el año 175 antes de J.C., la victoria del helenismo en toda la parte oriental del Mediterráneo fue un hecho consumado. Solamente resistió el judaísmo de Palestina. Todos los elementos ligeros, jóvenes e inteligentes se vuelven hacia el sol que ilumina el mundo, pero un partido viejo y hostil al racionalismo griego se resiste más que nunca. Ya veremos cómo vence y hace del pueblo judío un *unicum* en la historia. Egipto, Fenicia, Siria, Asia Menor, Italia, hasta Cartago, Armenia y Asiria, se helenizaron bastante. Sólo Palestina se negó resueltamente a aquella gran seducción. Siguió hablando en idioma semítico y pensando como semita. Participó muy poco de la ciencia griega. Nada supo de aquella literatura que hacía delirar a toda la parte ilustrada de la humanidad. Desconoció el canon supremo de la razón y la belleza que acababa de establecerse.

La vida griega estaba compuesta de algunos elementos esenciales, de una especie de disciplina exterior que exigía establecimientos públicos y a ciertas horas una actividad común, una efebia para la juventud, un teatro para la vida y la cultura literaria, baños y ginmasia para los ejercicios corporales. El cuidado de la propia persona era lo primero en la vida de un griego. La limpieza y la higiene tienen también gran importancia en la vida de un oriental que se respeta, pero la pedagogía griega ofrecía además otras exigencias. Las luchas y los ejercicios ficticios de la gimnasia no agradan a los orientales. Las desnudeces propias de la palestra griega les molestaban, considerándolas como vía para vicios contra los cuales Grecia no tomó desgraciadamente suficientes precauciones.

Por consiguiente, la ciudad de Jerusalén estaba dividida en dos bandos. La mitad, enloquecida por el deseo de imitar las costumbres griegas, se empeñaba en helenizar sus modales, trajes e idioma. A este partido grecómano se oponía la gente piadosa, de ideas limitadas, contrarias a la civilización griega, incluso en lo más excelente, que no escribía más que en hebreo o en arameo y dentro del marco de la antigua literatura. Esta división profunda respondía a otra más honda aún. La mayor parte de la comunidad judía era ferviente, pero también había muchos tibios, apenas judíos, enemigos de las estrechuras de la vida según la *Thora*. Este grupo no devoto era una presa ofrecida a toda propaganda procedente del exterior, especialmente al ir todas las corrientes del momento en el mismo sentido. Los piadosos, por su parte, formaban una cofradía, una sinagoga completamente aparte.

La *Thora* ejecutada como ley por una autoridad civil judía, debía ser muy intolerable, porque aquel código era una obra de utopistas, de teóricos de una sociedad ideal, no un derecho consuetudinario, formulado y reformado. Claramente se vio en tiempo de los Asmoneos, cuando el po-

der nacional perteneció realmente a los judíos. No era así en el tiempo que estudiámos, pero poco le faltaba. Los gobiernos persas y griegos se cuidaban poco de los asuntos de todas aquellas comunidades, que se iban convirtiendo en pequeños Estados tiránicos. No sorprende que el derecho griego, que era como el romano puramente racional, ofreciera una puerta abierta para salir de tal opresión.

Los lágidas, que nunca practicaron el *compelle intrare* para el helenismo, al igual que Antíoco el Grande y su sucesor que fueron tolerantes, no trataron de intervenir en este foco ardiente para ejercer influjo en favor de una u otra parte. No sucedió lo mismo cuando ocupó el trono Antíoco Epifanio, espíritu inquieto, liberal a veces, violento siempre, que echaba a perder las mejores causas por sus intemperancias y su falta de juicio. Los judíos le juzgaban de rostro altanero, de aspecto hurao, de corazón tan duro que nada de cuanto convmueve al hombre, ni las mujeres o la religión, podía emocionarle. Según ellos, no era más que orgullo y fraude. Su falta de dignidad, sus actos de libertino no hubieran tenido grandes consecuencias de no comprometer su autoridad en empresas sin salida, donde le esperaban chascos grandes. Quería a Grecia y se consideraba representante del espíritu helénico en Oriente. Su dios predilecto era el majestuoso Júpiter Olímpico. Lo que menos comprendía era el país en que reinaba, país de profundas divisiones políticas y religiosas y en el cual no se podía centralizar nada sin respetar los cultos locales, equivalentes a lo que fueron en otras partes la municipalidad y la patria. Cometió la falta más grave que puede cometer un soberano, que fue mezclarse en la religión de sus súbditos.

Era muy inteligente, generoso, inclinado a lo grande, e hizo de Antioquía un centro muy brillante, aunque no comparable a Alejandría en cuanto a ciencias y letras serias. Fue en algún aspecto el segundo fundador de aquella ciudad, que hasta entonces no se había desarrollado mucho. Gracias a él, Antioquía resultó una de las ciudades más espléndidas del mundo. Debió de ser muy fuerte la tentación de hacer reinar aquella elevada civilización racional sobre países que hasta entonces sólo habían conocido culturas inferiores y sobre religiones manchadas por la superstición y el fanatismo. Si Antíoco el Grande no hubiera unido Palestina al imperio seléucida, la empresa de Epifanio, limitándose a helenizar el Norte de Siria, habría tenido buen éxito. Pero el judaísmo se opuso de una manera invencible. Al atacarle, Epifanio atacaba una roca. No se contentó con refrenar los excesos del fanatismo y con garantizar la libertad de los disidentes, haciendo que rigiera a todos los cultos una ley civil igual: quiso suprimir el judaísmo y obligar a los judíos a actos que para ellos eran idolátricos. Epifanio fue realmente un perseguidor, y como su carácter carecía de equilibrio la resistencia le llevó hasta la locura. Los contemporáneos, haciendo un retruécano con su epíteto real, le llamaron *Epimanio*. Parece que en efecto llegó a tener accesos de locura caracterizada.

Ésta fue la primera persecución que sufrió la teocracia procedente de los profetas. Antíoco obedeció al mismo principio que los emperadores romanos (a veces los mejores), pero fue menos disculpable, porque el judaísmo estaba limitado a un país, mientras el cristianismo era un peli-

gro general que minaba todo el imperio. Marco Aurelio, hombre muy diferente de Epifanio, persiguió como éste a la teocracia. La disculpa de estos hombres consiste en que la teocracia, cuando fue dueña, persiguió a su vez a sus adversarios con mayor crueldad aún. Antíoco, antes de ocupar el trono, pasó en Roma su juventud, en rehenes. Tal vez adquirió en su intimidad con las grandes familias romanas, el absolutismo en las ideas y el desprecio a las religiones distintas de las supersticiones nacionales, que más adelante hicieron del imperio romano el peor enemigo de toda teocracia.